

## **NOTAS SOBRE LA PLEBE RURAL Y EL CONFLICTO SOCIAL DURANTE LA INDEPENDENCIA EN LOS ANDES CENTRALES**

*Gustavo Montoya*

*«A las guerras los hombres asisten  
por obligación, a las revoluciones  
acuden por voluntad propia»*

*Marcel Proust*

Lo que sigue es un ensayo para el estudio de diferentes grupos sociales rurales en la sierra central en el contexto de las guerras por la independencia. El énfasis estará centrado en los no propietarios, en la plebe rural, los indígenas adscritos a las haciendas, las comunidades, el bajo clero y el «común», tal como aparecen en las fuentes consultadas<sup>1</sup>. De otro lado, mi reflexión intentará explicar sus acciones políticas, militares y el contenido de sus concepciones ideológicas en el marco del conflicto desatado por el arribo y acciones, en la mencionada región, del Ejército Unido de Los Andes y el Ejército Realista. Mi interés es ensayar una explicación del proceso de militarización del escenario rural, la proliferación de pequeños grupos armados —las montoneras—, sus conflictivas y contradictorias relaciones con las guerrillas instituidas directamente por el ejército patriota; y su presencia entre los pueblos, haciendas, ciudades y núcleos de poder colonial existentes en la región.

---

<sup>1</sup> Este texto es un resumen de la exploración documental que he venido realizando en la Colección Documental de la Independencia.

Como en otros escenarios de investigación sobre la guerra, es imperativo considerar las peculiaridades que tuvo la participación de los diferentes grupos sociales que conformaban la sociedad rural. Una primera seña es el hecho que estos grupos sociales ingresan al conflicto armado solo cuando un cuerpo del ejército patriota, bajo el mando de Álvarez de Arenales, llega a la sierra central, en diciembre de 1820. También cuenta el efecto de la intensa y meditada política de intervención simbólica, de propaganda y agitación ideológica de las avanzadas patriotas por lo menos desde 1817.<sup>2</sup>

Se trató de la incursión de un cuerpo del ejército patriota en dirección al corazón andino del virreinato peruano. Esta acción obedecía a una estrategia que San Martín y su Estado Mayor habían concebido con mucha anterioridad, tino e incertidumbres. Esta expedición fue llevada a cabo después de cuidadosas consideraciones políticas y militares. En el primer caso, se buscaba crear un estado de ánimo revolucionario. Esta demanda tenía la finalidad concreta de desatar y hacer que florezcan las actitudes de desobediencia política y sedición existentes en la región y que el comando del Ejército Unido conocía. A este respecto, cabe recordar que el comando patriota tuvo como corresponsales en el Perú a Riva Agüero, López Aldana y Francisco de Paula Otero, solo para mencionar a los más prolíficos y comprometidos. Después de todo, la guerra continental contra los realistas había convergido en su etapa final en el virreinato peruano. En el plano militar, el objetivo era organizar y disciplinar a la multitud rebelde y fragmentada, como también indagar sobre las consecuencias de las acciones militares de los realistas sobre la población civil.

Debemos considerar algunos eventos militares, políticos y sociales antes de representar lo acontecido en esta región. Para el año de 1820 el desarrollo de la guerra y sobre todo las expectativas entre los diferentes grupos sociales habían sufrido profundas alteraciones por efecto de la propia dinámica del conflicto continental. Este es un hecho que no ha sido explorado con detenimiento. Cuando el ejército patriota trajina en la sierra central, se va a encontrar con grupos humanos que venían siguiendo con detalle y con diferentes expectativas el desenlace de los hechos militares y políticos en Perú y el continente. En este punto es necesaria una cronología retrospectiva para vincular lo acontecido en Perú y la periferia regional inmediata (por ejemplo, Chile y el Alto Perú). Después de todo, ya habían transcurrido más

---

2 Véase por ejemplo la abundante documentación en la CDIP, en los volúmenes correspondientes a la expedición libertadora.

de 12 años desde la crisis imperial en la península (1808) y sus repercusiones en América.

Entonces, estamos frente a grupos sociales que ya habían tenido un acelerado aprendizaje político y un inédito proceso de acumulación ideológica. A este respecto, lo que expresan las fuentes consultadas es una suerte de entropía ideológica estructural. Este aparente desorden ideológico estructurado explica la ausencia de lealtades progresivas de la población rural hacia la causa patriota y realista respectivamente. No solo por lo que acontecía en la península, o por lo acontecido en la periferia del Perú —Argentina, Chile, Colombia—, sino y sobre todo por su propia experiencia y aprendizaje constitucional en las coyunturas liberales. Estas coyunturas emanadas de la Constitución de Cádiz fueron vividas en territorio peruano aún bajo la soberanía española y en sus dos modalidades. Bajo la constitución, 1812-1814 y 1820, y bajo el absolutismo, 1814-1820; pero un absolutismo que fue visto y procesado ya en términos de negación —precisamente por el derrotero de la guerra en el continente y la evidente conclusión que se anunciaba— tal como lo expresan las abundantes fuentes existentes y que han dado lugar a este ensayo.

Otra cuestión decisiva fue las diferentes percepciones que tenían en sus memorias y recuerdos de eventos tan importantes como la estela de la revolución tupacamarista. Aunque relativamente lejana, no es posible dejar de lado este aspecto pues muchos de los actores sabían los peligros que suponía reeditar aquel pasado que dejó profundas huellas en la región. Aunque con diferencias en su interpretación, interesa el porqué de la casi absoluta ausencia —con breves excepciones sobre todo en el sur andino— de referencias al levantamiento tupacamarista. Porque ahí, cuando existe un vacío evidente y traumático, clamoroso, es porque ese vacío, ese olvido, cobija poderosos contenidos que al ser invisibles y ausentes cobran una importancia capital en la interpretación de los testimonios sobre aquel.

Otros eventos más recientes y que sí aparecen en los testimonios son la revolución del Cuzco de 1814-1815 y antes la rebelión en Huánuco de 1812. Entonces, explicar, mostrar y hacer visible la actitud de estas poblaciones requiere un encuadre analítico que contemple, en primer lugar, el contexto precedente y la memoria que tenían de aquello; luego, interpretar sus acciones vinculándolas a la posterior historia de la que fueron protagonistas. Metodológicamente este es un procedimiento muy útil pues permite racionalizar lo acontecido en la dinámica de causas, efectos y de

consideraciones temporales y espaciales muy concretas. Seguidamente es imperativo distinguir, identificar y representar la estructura social y a los grupos que conformaban aquellos espacios rurales. De un lado estaban las ciudades mayores y los centros urbano-rurales de poder colonial. Y aquí, a la elite, a la plebe adscrita a ella y a los dominados y explotados que en conjunto constituyeron una mayoría relativa. En segundo término, identificar las unidades de poder y explotación rurales pero alejadas de aquellas. Los propietarios de haciendas y la servidumbre allí instituida. Y finalmente, las comunidades de indígenas y mestizos que poseían una autonomía relativa de aquellos grupos sociales ya señalados.

Tomemos como ejemplo lo acontecido en Tarma, entre diciembre de 1820 y los primeros meses de 1821. Este acontecimiento requiere un análisis cuidadoso porque estamos frente a uno de los primeros ensayos de poder paralelo y en contra del ya precario Estado colonial. Cuando el ejército patriota llega a esta ciudad, procede a convocar un cabildo abierto. Ciertamente que no estamos frente a una representación masiva y popular, tal como revela la documentación consultada. Se trató más bien de reunir y convocar a vecinos notables de la ciudad, es decir a los propietarios y sus aliados inmediatos; comerciantes, profesionales y la plebe urbana de Tarma que asistió como comparsa a la reunión que se realizó siguiendo el tradicional ritual de la costumbre, propio, por ejemplo, a la instalación de los Ayuntamientos Constitucionales.

Los documentos indican que la forma en que se instituyó el nuevo poder y sus componentes combinaban procedimientos seculares y algunas innovaciones que las circunstancias de la guerra imponían. Se trataba de elegir y delegar poderes alternativos a los existentes e impuestos por una fuerza armada de ocupación. Es revelador que en las actas para la elección, tanto del presidente como de quienes le seguían en el orden jerárquico, se haya consumado con unanimidad de votos. No se trata de llamar la atención sobre este hecho común para definir la representación en esa época; se trata más bien de hacer visibles las consecuencias que tuvo esta nueva forma de poder alternativo sobre el territorio en el que debían ejercer su autoridad. Un territorio y un nuevo poder que se sostenía y legitimaba con la presencia del ejército patriota. Y hay que insistir que pasado el inicial entusiasmo, posteriormente fue percibido como un ejército de ocupación. Por ello es necesario reflexionar sobre el hecho de que una fuerza armada *extranjera* haya logrado entusiasmar y legitimar su ocupación en el corazón territorial del virreinato peruano.

Una primera y elemental explicación sería que los que exhibieron mayor entusiasmo en Tarma ante el arribo de los patriotas pertenecían a la elite rural, grupos sociales que de un lado ya conocían el trasfondo político y militar que los patriotas traían consigo y sobre todo los beneficios reales o imaginarios que podían obtener por efecto de su presencia en estas regiones.

Al ser Tarma la ciudad elegida como el centro del nuevo poder revolucionario, lo que se generó en la periferia fue una sorprendente y masiva manifestación de viejos y nuevos antagonismos sociales, étnicos y sobre todo antagonismos de carácter local y territorial. A partir de entonces se produjo una espontánea militarización de los pueblos y localidades. En cuanto a las disposiciones del nuevo poder patriota que demandaba a los pueblos y a las autoridades recientemente instituidas una contribución en hombres para armar las guerrillas y milicias; los pueblos, en unos casos, cumplen con el requerimiento, pero en la mayoría de ellos no solo se niegan, presentando múltiples impedimentos y explicaciones, sino que al interior de las más pequeñas unidades territoriales se organizan cuerpos armados, brazos militares microscópicos y cuya naturaleza espontánea en su organización luego presentaría graves problemas militares y políticos a los mandos militares patriotas *extranjeros* y a las autoridades políticas locales recientemente instituidas.

Por lo anterior no debe resultar extraño que meses más tarde Tarma terminara convirtiéndose en el centro de la resistencia civil realista, con la masiva presencia de guerrillas y montoneras que bajo el amparo de las armas del Rey no dudaron en cambiar su adhesión en defensa de sus intereses y propiedades. Y lo mismo habría de ocurrir en diversos pueblos y localidades. Lo ocurrido en Tarma expone la disputa simbólica por el control territorial que patriotas y realistas convinieron en ejercer. En última instancia, el objetivo de ambos ejércitos era proyectar sobre la población civil regional su presencia y la capacidad militar de disuasión con que contaban.

En efecto, las montoneras fueron los brazos armados de los pueblos y localidades y se gestaron casi de manera espontánea; y esta espontaneidad significa latamente una de las leyes que emergen por efecto de guerras internas: La defensa de intereses primarios. Por supuesto, al interior de un pueblo existían diversas montoneras; pequeños cuerpos armados que fueron instituidos en unos casos por propietarios locales, una suerte de pequeños señores de la guerra. Pero también existieron montoneras que representaban los intereses comunes de su localidad. La confluencia de intereses estructuralmente contrapuestos,

que encontraban en esa precisa coyuntura un espacio de articulación, tuvo múltiples repercusiones. En defensa de los realistas y de los patriotas, pero sobre todo de sus vecinos, aliados y oponentes territoriales. Un escenario rural donde la guerra puso al descubierto toda la complejidad de la estructura de dominio colonial.

Las guerrillas tuvieron otra estructura militar, política e ideológica; e intentaron domesticar a las montoneras. En algunos casos lo lograron, pero las fuentes indican la gran capacidad de autonomía de las montoneras y las dificultades del comando patriota por disciplinarlas. Las montoneras son una fuente decisiva de investigación que podría esclarecer aspectos decisivos del proceso político peruano del siglo XIX, ese siglo aún misterioso, al que Sebastián Lorente denominó con acierto como el siglo de las revoluciones.

Una diferencia sustancial entre las guerrillas y montoneras es que las primeras fueron organizadas y tenían como escenario de sus acciones fundamentalmente —no exclusivamente— los valles, los pueblos medianos y las ciudades. En cambio las montoneras proliferaron en las «montañas», los lugares altos y de geografía agreste. Y esta lejanía geográfica de los centros del comando guerrillero facilitó su autonomía y los giros en sus acciones, lealtades políticas, desbordes sociales y excesos militares.

Aquí es conveniente hacer visibles las sorprendentes mutaciones y relevos ideológicos que padecieron los conceptos «realista» y «patriota» respectivamente. Como se comprenderá, en un contexto de guerra social, las filiaciones ideológicas son sumamente permeables y elásticas, pues están sujetas a los vaivenes del conflicto y al resultado de las acciones militares. Acciones que afectaban a las mayorías sociales pero que beneficiaban a las elites locales, quienes comprometían su adhesión tanto a patriotas y realistas, de acuerdo al curso de la guerra, del proceso político en la capital y sus repercusiones locales. A este respecto es de particular importancia la multitud de pedidos por parte de los líderes guerrilleros a las autoridades políticas en Lima, a fin de que estos legitimen acciones políticas y militares ya consumadas por aquellos. Lo que sobrevino fue efectivamente un complejo entramado de soberanías en conflicto.

En medio de este panorama confuso y atravesado por múltiples antagonismos y expectativas, que los diferentes actores imponían a su agenda participativa, lo que se produjo fue una suerte de guerra civil local, regional

y a una escala mayor, nacional virreinal, si hemos de comprender con esta categoría al conjunto del territorio peruano.

Un aspecto particularmente decisivo fue la conducta de la población indígena adscrita a las haciendas, es decir los siervos indígenas sin propiedad. En un contexto de guerra total, estos grupos humanos lograron interponer sus propias reivindicaciones materiales y políticas; en muchos casos a la fuerza y en otros utilizando los mecanismos doctrinarios de la prédica patriota para justificar sus desbordes. Así, existen abundantes testimonios en los que estos grupos humanos, trasponiendo los límites que la agenda patriota pretendía imponer, rebasan los mismos atentando en contra de todo símbolo de poder local, procediendo a expropiaciones de tierras, ganado y en muchos casos tomándose la justicia por su mano en contra de sus opresores. Que hayan participado en acciones de apoyo militar y avituallamiento a favor de los patriotas, me parece que fue una coartada para cuidar sus intereses, para aprovecharse de una coyuntura en la que toda forma de poder y autoridad había sido abolida por el propio curso de la guerra y de los acontecimientos políticos que se sucedían en las ciudades principales de las regiones y sobre todo en Lima; eventos a los que no eran ajenos, y que por el contrario, seguían con el interés propio que aquella información podría proveerles.

Otro tema es la configuración de guerrillas territoriales y las constantes fricciones que se produjeron entre ellas. Estos enfrentamientos eran la expresión armada de antiguas rivalidades territoriales, de agravios, pero sobre todo se trataba de preservar las nuevas demarcaciones que habían obtenido por efecto del liberalismo gaditano. Una suerte de soberanías en conflicto que reproducía con una cruel paradoja y exactitud lo que había acontecido desde el inicio de la crisis imperial (1808). Al enfrentamiento que se produjo entre América y España, le sobrevino el antagonismo entre las capitales de los virreinos y las ciudades principales del interior, para oponer luego a estas con las provincias y finalmente a estas últimas con los pueblos y unidades territoriales más pequeñas.

A este respecto, las desavenencias y rivalidades entre Isidoro Villar y José Ignacio Ninavilca, prominentes comandantes guerrilleros, son ejemplares. Solo como hipótesis puedo adelantar que siguiendo la trayectoria de ambos personajes es posible explicar esta rivalidad. Villar fue un destacado sargento mayor de la Expedición Libertadora; formaba parte de la tropa regular y era hombre de confianza de Tomás Guido, posterior Ministro de Guerra. Por lo tanto, dependía directamente del comando libertador y por lo mismo estaba

sujeto a las consideraciones estratégicas, políticas y militares de aquellos. Por su parte, Ninavilca fue un acomodado comerciante indígena de Huarochirí, dedicado al comercio de nieve, cuyo prestigio social y solvencia económica le permitieron capitalizar el liderazgo de su región a favor de la causa patriota. Pero como ya se explicó, es muy posible que Ninavilca encarnara identidades locales como negación de lo que representaba Villar, asociado más bien al ejército de *ocupación* patriota.

Lo más sobresaliente sobre este aspecto son las referencias a los conflictos entre poderes territoriales recientemente instituidos con criterios de estrategias militares y geográficas de defensa y hostigamiento a los realistas por parte del comando patriota. Esto contradecía la delegación de autoridad que el liberalismo había sancionado recientemente. En este punto es revelador el uso de mayúsculas para denominar a autoridades acusadas de realistas y vinculadas al régimen constitucional español. Nuevamente el prestigio de los alcaldes constitucionales emergía con todo su esplendor en una coyuntura caracterizada por el vacío de poder.

No hay que olvidar que la expedición libertadora llegó al Perú precisamente cuando la Constitución volvía a ser impuesta como resultado de los acontecimientos en la península. Lo que sorprende es la abundante cantidad y calidad de fuentes que dan cuenta de los contradictorios intereses individuales, familiares y colectivos entre los diferentes grupos sociales rurales. Estamos entonces ante actores que supieron utilizar con sagacidad los diferentes mecanismos primero del constitucionalismo gaditano y los derechos que les habían sido transferidos, y lo más importante, la posibilidad de incorporar sus propias agendas de lucha bajo el amparo de las armas patriotas. Estas reivindicaciones eran ahora tanto más plausibles de obtener en tanto que se sostenían en la retórica subversiva, una pedagogía política que los patriotas y el ejército revolucionario habían diseminado con el idealismo político propio de un ejército que se autonabraba como libertador.

A este respecto, las consecuencias de esta propaganda política sobre las poblaciones rurales tuvieron efectos dramáticos. En este contexto, la incursión de Carratalá y Ricafort sobre Cangallo<sup>3</sup> fue un ejemplo, una advertencia de los límites a los que podían llegar los realistas; y este es el punto, el hecho de que la población del interior del país estuvo sujeta a una

---

3 Véase el notable texto de José Luis Igue: «Bandolerismo y etnicidad en las guerras de independencia: el caso de los Morochucos de Cangallo, Ayacucho (1814-1829)».



doble presión. De un lado, las acciones punitivas de los realistas, y del otro, las exigencias de los patriotas para obtener su colaboración activa o pasiva.

Estas acciones militares se produjeron en mayo del decisivo año de 1822, cuando el Protectorado ascendía a los límites de su breve pero real radicalismo ideológico. De modo que eventos como el de Cangallo deben ser explicados en este contexto como la violenta respuesta a lo que acontecía en Lima y las provincias del norte, escenarios donde la represión contra la oposición civil realista fue contundente, e indiscriminada.

En la sierra central lo que se produjo fue una guerra social que se sostenía en la revolución territorial, y al interior de esta, en el abierto antagonismo social entre propietarios y no propietarios. ¿Cómo podía ser controlada la acción desordenada y autónoma de los desposeídos, de los explotados y dominados a la dirección que el comando del ejército patriota pretendía imponer en una guerra que se desarrollaba de forma irregular, sin coordinaciones precisas entre un ejército de ocupación como fue el Ejército Unido de los Andes y la multitud de cuerpos armados que espontáneamente fueron instituidos por iniciativa local y organizados en la mayoría de «pueblos» y localidades?

Pero existe un tema, o mejor un fenómeno, una actitud, una forma de intervención política que diferentes grupos sociales rurales practican en relación a la población indígena. Las fuentes indican la reiterada amenaza, unas veces velada, otras en forma directa, en el sentido de movilizar a los indígenas en unos casos, y en otros de plegarse a sus acciones. Se trata aquí de una estrategia ciertamente, pero lo que interesa hacer notar es la forma y la representación que ofrecen de la población indígena no propietaria. En todos los casos se trata de una amenaza y advertencia, de la puesta en práctica y actualizar lo que las memorias locales tenían sobre el potencial revolucionario de los indios si es que estos eran movilizados y, sobre todo, la terrible posibilidad de que estos se armen y tomen en sus manos y bajo su dirección e intereses su intervención en el conflicto. Las poblaciones indígenas no propietarias, si bien se plegaron a la retórica patriota, tenían presente, en su memoria y en sus acciones, lo acontecido en el pasado y eran plenamente conscientes del peligro que inspiraban a todas las formas de poder colonial y el nuevo pero frágil e insignificante poder patriota. Frente a lo primero estaba claro que sus acciones habrían de ser toleradas, frente a lo segundo, mostraron una gran capacidad de maniobra y de manejo político, de negociación y de cálculo en su propio beneficio. Y este fue el marco político y militar que

precipitó intensos conflictos sociales, pues lo que sobrevino al amparo de las bayonetas patriotas fue un complejo ambiente de tensión, delaciones y ajuste de cuentas, personales y colectivas.

Sin duda alguna, están pensando en los eventos de la revolución tupamarista y más recientemente en los efectos y la estela revolucionaria que ejerció sobre estos pueblos la revolución del Cuzco (1814-1815) y los violentos sucesos acaecidos en Huánuco (1812). Después de todo, estos seres humanos constituían una peligrosa mayoría social y étnica en relación al resto de colectivos y actores políticos realmente existentes. Y ese fue el cuidado que siempre exhibieron patriotas y realistas: El de impedir todo intento —por lo demás imposible de realizarse— por parte de la población indígena por establecer cualquier forma de alianzas étnicas y multiterritoriales.

Y por si fuera poco, son abundantes las referencias, por ejemplo, al proceso revolucionario de Buenos Aires, lo acontecido en Chile, Colombia, el Alto Perú y Guayaquil. De modo que una explicación y representación integral de lo acontecido en la sierra central debe contemplar el mayor número posible de variables internas y externas, y el grado de su impacto en los hechos y la conducta de los comandos patriotas, guerrilleros, montoneras y la tropa adscrita a ellas.

El escenario que presenta la sierra central muestra entonces demasiadas formas de acción colectiva correspondientes a los diferentes actores políticos y sociales. Tanto así, que en unos casos son los actores políticos los que marcan el paso de los eventos militares. Por ejemplo, los enfrentamientos entre los diferentes comandantes de guerrillas que actúan por encima de los mandos militares patriotas y formalmente sujetos a estos. Lo que prevalece en este caso son las disputas por el control del territorio y por lo mismo el abastecimiento, administración y especulación de recursos tanto humanos como de avituallamiento. De otro lado, los desbordes y la autonomía de la multitud rebelde y fragmentada, los actores sociales encarnados en las montoneras que se reproducían con la misma velocidad con que se producían los violentos desgarramientos ideológicos y las mutaciones políticas entre los actores colectivos tanto en el centro como en la periferia.

Después de todo, habría que preguntarse por qué estos cuerpos armados, guerrillas y montoneras siempre merecieron la desconfianza y el cuidado del comando militar patriota. Imposible les resultaba a los jefes militares patriotas armar, disciplinar y organizar a estas bandas armadas y

ponerlas en un estado de preparación militar que podía haber precipitado la conformación de un ejército indígena incontrolable. De ahí se derivan las ambigüedades, las marchas y contramarchas en las disposiciones, las órdenes y contraórdenes presentes en las fuentes consultadas. Y este temor era compartido tanto por los comandantes patriotas, y más aún, por los colaboradores y aliados civiles de estos; como por la elite limeña y sus aliados del interior con quienes compartían el poder y los futuros beneficios que les aguardaban.

Y no solo aquello, pues no se debe perder de vista que lo que acontecía en el Perú era seguido con detalle, inquietud e incertidumbre por las elites económicas y los precarios gobiernos que habían financiado la campaña sobre el Perú: Argentina, Chile y Colombia. Una campaña que tenía límites muy precisos, como el de impedir cualquier intento de reeditar la anarquía social y las terribles consecuencias revolucionarias que ello suponía, nada menos que en el corazón del continente. Además de contemplar la amenaza que el comando realista ya había formulado, el de «nacionalizar»<sup>4</sup> la guerra en contra de un ejército de «ocupación», como luego —sobre todo durante la dictadura de Bolívar— efectivamente fue percibido por amplios grupos sociales el ejército patriota.

La pregunta de por qué estos cuerpos armados locales, las guerrillas y montoneras, no lograron organizarse y acceder a una autonomía que les hubiese permitido incorporar a la guerra una agenda propia a sus intereses me parece que es anacrónica: No existían las condiciones ideológicas, el carácter de su cultura política fuertemente segmentada por limitaciones étnicas y territoriales, y por si fuera poco la estructura social disgregada presente entre ellas. La naturaleza del sistema de dominio colonial tardío aún presente en la fragmentación territorial y en la dispersión ideológica les impedía elaborar un programa de lucha de carácter global, para no usar esa ambigüedad que es lo «nacional» durante esa época.

De modo que fragmentación territorial, dispersión ideológica y soberanías territoriales en conflicto son las expresiones de la participación popular rural en la sierra central. Estas tres señas pueden ser explicadas por el

---

4 La amenaza de los realistas de proclamar a un descendiente legítimo de la realeza Inca no solo fue una estrategia que hoy podríamos nombrar como especular. Por el contrario, se inscribe en las elementales estructuras mentales de las mayorías sociales indígenas precisamente durante la guerra. No es este el lugar para abundar este complejo y contemporáneo tema; mejor sería nombrarla como «experiencia». Baste señalar que la *utopía andina* resume en parte este fenómeno.

efecto que tuvieron en esta región los diferentes eventos políticos y militares que desde la crisis imperial fueron llegando tardíamente, muchas veces en forma distorsionada y proyectada por intermedio de variados medios de comunicación oral y escrita. Se trata efectivamente de un inédito proceso de acumulación y aceleración ideológica, que encontraba en el virreinato peruano su dramático y explosivo epílogo. Desde este punto de vista, lo acontecido en el Perú requiere de un marco analítico distinto pero complementario a lo que aconteció en la periferia regional y continental.

El estudio de las montoneras y guerrillas no puede entonces limitarse a si su actuación fue a favor o en contra de los patriotas y realistas, pues deben ser consideradas sus propias expectativas y temores frente a un conflicto que si bien es cierto era esperado por ellos, hubo enormes diferencias entre lo que pensaban que habría de ocurrir y lo que realmente aconteció por sus acciones, iniciativas u omisiones. Es decir, actuaron poniendo en práctica sus propios cálculos y de acuerdo al curso que tomaba el proceso político en Lima, las acciones militares de las tropas patriotas y realistas, los cambios en la conducción de la guerra, pero sobre todo imponiendo a sus acciones, estrategias de diversa índole que en conjunto buscaban en unos casos preservar sus intereses recientemente conquistados, pero también agregar a lo anterior todas las atribuciones que la guerra podía generarles. ¿No era en nombre de ellos que se libraba la guerra de independencia?

Si bien en este ensayo me he referido a la sierra central, lo acontecido en el sur andino tuvo características diferentes. Y ello por el elemental hecho que en esa región existía una memoria de movimientos sociales antiguos y recientes con una densidad mucho más compleja que en la sierra central. Para explicar el sur andino se debe nuevamente incorporar como evidencia analítica a la revolución de Túpac Amaru, la revolución del Cuzco (1814-15) y la guerra de recuperación territorial en el Alto Perú llevada por los virreyes Abascal y Pezuela (1810-1818).

En el sur andino la guerra tuvo señas mucho más complejas si hemos de considerar que el virrey La Serna, luego de salir de Lima, tomó al Cuzco como el centro de sus operaciones y terminó convirtiendo a la ciudad imperial en la capital del virreinato. Cuando el ejército revolucionario de Buenos Aires organiza expediciones para extender la revolución al centro del dominio colonial más poderoso —militarmente— como fue el virreinato peruano, y cuando estos intentos fracasan por motivos bastante conocidos por la historiografía, lo que tenemos es una región que ha padecido traumáticos

cambios en su horizonte ideológico y en la cultura política de los diferentes actores políticos y sociales. Sobre todo interesa señalar y hacer visibles los efectos de la triunfante campaña realista —Goyeneche, Ramírez, Olañeta y Pezuela, por ejemplo— y de otro lado los efectos de la temprana derrota de los revolucionarios porteños (Huaqui 1811).

Las fuentes consultadas durante la coyuntura que va de 1818 a 1824 ofrecen un cuadro y un fresco social sumamente complejo y que impide una interpretación lineal y convencional en lo que se refiere a las opiniones, conductas sociales y disidencias ideológicas de la población rural en el sur andino. Lo que prevalece en las fuentes es una estructural ambigüedad, una suerte de cálculo, de prudencia y disimulo. Sobre todo en los informes de las autoridades todavía sujetas al orden colonial. Debo señalar que he privilegiado mi atención a los testimonios e informes burocráticos de los representantes del poder colonial ubicados en la escala más baja. Estos proyectan, en unos casos con disimulo, pero en otros de manera desenfadada, el estado de inquietud y de incertidumbre que reinaba entre la baja burocracia, aquella que estaba vinculada por parentesco o filiación territorial a las poblaciones locales y que además conocían de cerca sus carencias, dudas e inquietudes. Otra de las referencias es la que emana de los innumerables atestados seguidos en contra de agitadores, arrieros y comerciantes ambulantes que irrumpían en las chicherías causando desórdenes y desafiando la censura ideológica y las delaciones impuesta por las armas del Rey.

El papel de los sacerdotes, curas, doctrineros y en general del bajo clero presente en los diferentes pueblos durante la guerra es un capítulo inédito que aún aguarda a sus historiadores. Lo que aquí presentaré es apenas una breve reseña del contenido de la documentación consultada sobre este decisivo tema en relación a la sierra central. Existieron, en efecto, curas que se incorporaron rápida y decididamente a los patriotas, así como aquellos que abiertamente no solo se resistieron sino que defendieron la causa realista. Pero como ya fue señalado, lo patriota y realista debe ser interpretado siguiendo las determinaciones políticas, sociales, ideológicas y militares desde donde los actores enuncian y establecen dichas filiaciones.

Por ejemplo, abundan reiteradas acusaciones y denuncias de parte de los feligreses hacia curas, sacerdotes y doctrineros bajo el estigma de realistas, para enseguida fundamentar esas acusaciones remitiéndose a los abusos que en épocas pasadas estos practicaron en contra de los primeros. Una vez más, la presencia del ejército patriota fue la coartada que hizo posible la

emergencia de viejos y recientes agravios y resentimientos entre el bajo clero y la población rural.

Abundan sobre este fenómeno toda una variedad de escritos, solicitudes y representaciones en las que los miembros del bajo clero son acusados y delatados por la plebe rural y la respuesta de los curas sosteniendo su inocencia. En realidad, los unos y los otros justifican sus reclamos y omisiones desde intereses antagónicos; de modo que no se trata de hallar la «verdad», sino representar el conflicto y el antagonismo que fluye por efecto de la guerra.

Pero es indudable que fue alrededor del púlpito en donde se concentraron las más densas proyecciones ideológicas con respecto a la guerra. Y fueron los miembros del bajo clero los que produjeron un inusitado y múltiple programa político y agenda ideológica. ¿En qué otro escenario podrían haberse desplegado todas las formas posibles de explicación histórica, justificación ideológica e idealizaciones políticas con respecto a una guerra de repercusiones continentales?

Un estudio detenido del conflicto social alrededor de las autoridades eclesiásticas exige considerar la posición de los mismos en relación al proceso político y militar en curso. Por ejemplo, durante el período de radicalización del Protectorado y la política de tolerancia religiosa y la expulsión del Arzobispo de Lima Las Heras y un nutrido grupo de religiosos españoles en julio de 1822. De otro lado, abundan los pedidos de promoción y reconocimiento de religiosos hacia el gobierno patriota en Lima con el objetivo de obtener la titularidad y asenso en sus respectivas doctrinas.

El estudio de las fuentes también exige un fino análisis en la redacción y contenido lingüístico de los documentos. Por ejemplo, el encabezamiento y el final de los mismos. Ahí es posible entrever un lenguaje propio del antiguo régimen, sobre todo entre la población indígena de las localidades y haciendas. El paternalismo, la sumisión y el anhelo de redención no pueden ser leídos en términos literales, sino en relación al contexto social, político y militar que los genera. A diferencia de estos, los documentos redactados por la plebe rural mestiza enfatizan su condición de «peruanos». Sin duda, una estrategia calculada para hacer visible su adhesión al nuevo y frágil régimen patriota. En este punto el uso de mayúsculas es revelador pues suplanta las denominaciones precedentes del antiguo régimen. Tampoco se debe soslayar los abundantes «testados» o tachas en pasajes decisivos; sobre todo en los

informes militares, desbordes sociales y filiaciones ideológicas de los pueblos y entre algunos líderes locales.

En realidad uno de los mayores desafíos hermenéuticos que presentan las fuentes documentales de este periodo es la estructural superposición de tradiciones conceptuales, ideológicas y doctrinarias. Las antiguas palabras y conceptos intentan domesticar a los nuevos fenómenos políticos y sociales sobre todo. La no tan nueva jerga republicana se introduce en las entrañas del vocabulario cortesano. Las luces y sombras que presentan los documentos políticos elaborados por la plebe rural, expresan un lenguaje tortuoso, haciendo visible el violento aprendizaje ideológico que la guerra les impuso. La patria y la república son representadas como nuevos sujetos políticos pero desde un soporte epistemológico preexistente a los mismos. G. Chiaramonti ha nombrado a este fenómeno como «avanzar mirando atrás»

Entre la plebe rural de los andes centrales se fue gestando, al compás de la guerra, un complejo e inédito laboratorio conceptual y retórico. Y esta singularidad sería luego el fondo de sensibilidad social colectiva sobre el cual se fue configurando una belicosa cultura política republicana y que desafió con éxitos relativos los proyectos de gobernabilidad del primer militarismo peruano. Décadas después, esta tradición plebeya rural republicana sería la argamasa que galvanizó las mentalidades políticas de la región; logrando cohesionar a la multitud rebelde y fragmentada a propósito y en contra de la presencia de otro ejército de ocupación durante la guerra del pacífico. Desde los bordes de la ciudad letrada, fue configurándose lo que Ch. Walker ha nombrado como *Republicanos andinos* y C. Méndez como la emergencia de una auténtica *República plebeya*.